1

En el siglo XVIII vivió en Francia uno de los hombres más geniales y abominables de una época en que no escasearon los hombres abominables y geniales. Aquí relataremos su historia. Se llamaba Jean-Baptiste Grenouille y si su nombre, a diferencia del de otros monstruos geniales como De Sade, Saint-Just, Fouché, Napoleón, etcétera, ha caído en el olvido, no se debe en modo alguno a que Grenouille fuera a la zaga de estos hombres célebres y tenebrosos en altanería, desprecio por sus semejantes, inmoralidad, en una palabra, impiedad, sino a que su genio y su única ambición se limitaban a un terreno que no deja huellas en la historia: al efímero mundo de los olores.

En la época que nos ocupa reinaba en las ciudades un hedor apenas concebible para el hombre moderno. Las calles apestaban a estiércol, los patios interiores apestaban a orina, los huecos de las escaleras apestaban a madera podrida y excrementos de rata; las cocinas, a col podrida y grasa de carnero; los aposentos sin ventilación apestaban a polvo enmohecido; los dormitorios, a sábanas grasientas, a edredones húmedos y al penetrante olor dulzón de los orinales. Las chimeneas apestaban a azufre; las curtidurías, a lejías cáusticas; los mataderos, a sangre coagulada. Hombres y mujeres apestaban a sudor y a ropa sucia; en sus bocas apestaban los dientes infectados, los alientos olían a cebolla y los cuerpos, cuando ya no eran jóvenes, a queso rancio, a leche agria y a tumores malignos. Apesta-

ban los ríos, apestaban las plazas, apestaban las iglesias y el hedor se respiraba por igual bajo los puentes y en los palacios. El campesino apestaba como el clérigo; el oficial de artesano, como la esposa del maestro; apestaba la nobleza entera y, sí, incluso el rey apestaba como un animal carnicero y la reina como una cabra vieja, tanto en verano como en invierno, porque en el siglo XVIII aún no se había atajado la actividad corrosiva de las bacterias y por consiguiente no había ninguna acción humana, ni creadora ni destructora, ninguna manifestación de vida incipiente o en decadencia que no fuera acompañada de algún hedor.

Y, como es natural, el hedor alcanzaba sus máximas proporciones en París, porque París era la mayor ciudad de Francia. Y dentro de París había un lugar donde el hedor se convertía en infernal, entre la Rue aux Fers y la Rue de la Ferronnerie, o sea, el Cimetière des Innocents. Durante ochocientos años se había llevado allí a los muertos del hospital Hôtel-Dieu y de las parroquias vecinas; durante ochocientos años, carretas con docenas de cadáveres habían vaciado su carga día tras día en largas fosas y durante ochocientos años se habían ido acumulando los huesos en osarios y sepulturas. Hasta que llegó un día, en vísperas de la Revolución francesa, cuando algunas fosas rebosantes de cadáveres se hundieron y el olor pútrido del atestado cementerio incitó a los habitantes no sólo a protestar, sino a organizar verdaderos tumultos, en que fue por fin cerrado y abandonado después de amontonar los millones de esqueletos y calaveras en las catacumbas de Montmartre. Una vez hecho esto, en el lugar del antiguo cementerio se erigió un mercado de víveres.

Fue aquí, en el lugar más maloliente de todo el reino, donde nació el 17 de julio de 1738 Jean-Baptiste Grenouille. Era uno de los días más calurosos del año. El calor se abatía como plomo derretido sobre el cementerio y se extendía hacia las calles adyacentes como un vaho putrefacto que olía a una mezcla de melones podridos y cuerno quemado. Cuando se iniciaron los dolores del parto, la

madre de Grenouille se encontraba en un puesto de pescado de la Rue aux Fers escamando albures que había destripado previamente. Los pescados, seguramente sacados del Sena aquella misma mañana, apestaban ya hasta el punto de superar el hedor de los cadáveres. Sin embargo, la madre de Grenouille no percibía el olor a pescado podrido o a cadáver porque su sentido del olfato estaba totalmente embotado y además le dolía todo el cuerpo y el dolor disminuía su sensibilidad a cualquier percepción sensorial externa. Sólo quería que los dolores cesaran, acabar lo más rápidamente posible con el repugnante parto. Era el quinto. Todos los había tenido en el puesto de pescado y las cinco criaturas habían nacido muertas o medio muertas, porque su carne sanguinolenta se distinguía apenas de las tripas de pescado que cubrían el suelo y no sobrevivían mucho rato entre ellas y por la noche todo era recogido con una pala y llevado en carreta al cementerio o al río. Lo mismo ocurría hoy y la madre de Grenouille, que aún era una mujer joven, de unos veinticinco años, muy bonita y que todavía conservaba casi todos los dientes y algo de cabello en la cabeza y, aparte de la gota y la sífilis y una tisis incipiente, no padecía ninguna enfermedad grave, que aún esperaba vivir mucho tiempo, quizá cinco o diez años más y tal vez incluso casarse y tener hijos de verdad como la esposa respetable de un artesano viudo, por ejemplo... la madre de Grenouille deseaba que todo pasara cuanto antes. Y cuando empezaron los dolores de parto se acurrucó bajo el mostrador y parió allí, como hiciera ya cinco veces, y cortó con el cuchillo el cordón umbilical del recién nacido. En aquel momento, sin embargo, a causa del calor y el hedor, que ella no percibía como tales, sino como algo insoportable y enervante —como un campo de lirios o un reducido aposento demasiado lleno de narcisos—, cayó desvanecida debajo de la mesa y fue rodando hasta el centro del arroyo, donde quedó inmóvil, con el cuchillo en la mano.

Gritos, corridas, la multitud se agolpa a su alrededor,

avisan a la policía. La mujer sigue en el suelo con el cuchillo en la mano; poco a poco, recobra el conocimiento.

¿Qué le ha sucedido?

—Nada.

¿Qué hace con el cuchillo?

—Nada.

¿De dónde procede la sangre de sus refajos?

—De los pescados.

Se levanta, tira el cuchillo y se aleja para lavarse.

Entonces, de modo inesperado, la criatura que yace bajo la mesa empieza a gritar. Todos se vuelven, descubren al recién nacido entre un enjambre de moscas, tripas y cabezas de pescado y lo levantan. Las autoridades lo entregan a una nodriza de oficio y apresan a la madre. Y como ésta confiesa sin ambages que lo habría dejado morir, como por otra parte ya hiciera con otros cuatro, la procesan, la condenan por infanticidio múltiple y dos semanas más tarde la decapitan en la Place de Grève.

En aquellos momentos el niño ya había cambiado tres veces de nodriza. Ninguna quería conservarlo más de dos días. Según decían, era demasiado voraz, mamaba por dos, robando así la leche a otros lactantes y el sustento a las nodrizas, ya que alimentar a un lactante único no era rentable. El oficial de policía competente, un tal La Fosse, se cansó pronto del asunto y decidió enviar al niño a la central de expósitos y huérfanos de la lejana Rue Saint-Antoine, desde donde el transporte era efectuado por mozos mediante canastas de rafia en las que por motivos racionales hacinaban hasta cuatro lactantes, y como la tasa de mortalidad en el camino era extraordinariamente elevada, por lo que se ordenó a los mozos que sólo se llevaran a los lactantes bautizados y entre éstos, únicamente a aquellos provistos del correspondiente permiso de transporte, que debía estampillarse en Ruán, y como el niño Grenouille no estaba bautizado ni poseía tampoco un nombre que pudiera escribirse en la autorización, y como, por añadidura, no era competencia de la policía po-

ner en las puertas de la inclusa a una criatura anónima sin el cumplimiento de las debidas formalidades... por una serie de dificultades de índole burocrática y administrativa que parecían concurrir en el caso de aquel niño determinado y porque, por otra parte, el tiempo apremiaba, el oficial de policía La Fosse se retractó de su decisión inicial y ordenó entregar al niño a una institución religiosa, previa exigencia de un recibo, para que allí lo bautizaran y decidieran sobre su destino ulterior. Se deshicieron de él en el convento de Saint-Merri de la Rue Saint-Martin, donde recibió en el bautismo el nombre de Jean-Baptiste. Y como el prior estaba aquellos días de muy buen humor y sus fondos para beneficencia aún no se habían agotado, en vez de enviar al niño a Ruán, decidió criarlo a expensas del convento y con este fin lo hizo entregar a una nodriza llamada Jeanne Bussie, que vivía en la Rue Saint-Denis y a la cual se acordó pagar tres francos semanales por sus cuidados.

2

Varias semanas después, la nodriza Jeanne Bussie se presentó ante la puerta del convento de Saint-Merri con una cesta en la mano y dijo al padre Terrier, un monje calvo de unos cincuenta años, que olía ligeramente a vinagre: «¡Ahí lo tiene!» y depositó la cesta en el umbral.

—¿Qué es esto? —preguntó Terrier, inclinándose sobre la cesta y olfateando, pues presentía algo comestible.

—¡El bastardo de la infanticida de la Rue aux Fers!

El padre metió un dedo en la cesta y descubrió el rostro del niño dormido.

—Tiene buen aspecto. Sonrosado y bien nutrido.

—Porque se ha atiborrado de mi leche, porque me ha chupado hasta los huesos. Pero esto se acabó. Ahora ya podéis alimentarlo vos con leche de cabra, con papilla y con zumo de remolacha. Lo devora todo, el bastardo.

El padre Terrier era un hombre comodón. Tenía a su cargo la administración de los fondos destinados a beneficencia, la repartición del dinero entre los pobres y necesitados, y esperaba que se le dieran las gracias por ello y no se le importunara con nada más. Los detalles técnicos le disgustaban mucho porque siempre significaban dificultades y las dificultades significaban una perturbación de su tranquilidad de ánimo que no estaba dispuesto a permitir. Se arrepintió de haber abierto el portal y deseó que aquella persona cogiera la cesta, se marchara a su casa y le dejara en paz con sus problemas acerca del lactante. Se enderezó con lentitud y al respirar olió el aroma de leche y queso de oveja que emanaba de la nodriza. Era un aroma agradable.

—No comprendo qué quieres. En verdad, no comprendo adónde quieres ir a parar. Sólo sé que a este niño no le perjudicaría en absoluto que le dieras el pecho todavía un buen tiempo.

—A él, no —replicó la nodriza—, sólo a mí. He adelgazado casi cinco kilos, a pesar de que he comido para tres. ¿Y por cuánto? ¡Por tres francos semanales!

—Ah, ya lo entiendo —dijo Terrier, casi con alivio—, ahora lo veo claro. Se trata otra vez de dinero.

—¡No! —exclamó la nodriza.

—¡Claro que sí! Siempre se trata de dinero. Cuando alguien llama a esta puerta, se trata de dinero. Me gustaría abrirla una sola vez a una persona que viniera por otro motivo. Para traernos un pequeño obsequio, por ejemplo, un poco de fruta o un par de nueces. En otoño hay muchas cosas que nos podrían traer. Flores, quizá. O solamente que alguien viniera a decir en tono amistoso: «Dios sea con vos, padre Terrier, ¡os deseo muy buenos días!» Pero esto no me ocurrirá nunca. Cuando no es un mendigo, es un vendedor, y cuando no es un vendedor, es un artesano, y quien no quiere limosna, presenta una cuenta. Ya no puedo salir a la calle. Cada vez que salgo, ¡no doy ni tres pasos sin verme rodeado de individuos que me piden dinero!

—Yo, no —insistió la nodriza.

—Pero te diré una cosa: no eres la única nodriza de la diócesis. Hay centenares de amas de cría de primera clase que competirán entre sí por dar el pecho o criar con papillas, zumos u otros alimentos a este niño encantador por tres francos a la semana...

—¡Entonces, dádselo a una de ellas!

—... Pero, por otra parte, tanto cambio no es bueno para un niño. Quién sabe si otra leche le sentaría tan bien como la tuya. Ten en cuenta que está acostumbrado al aroma de tu pecho y al latido de tu corazón.

Y aspiró de nuevo profundamente la cálida fragancia emanada por la nodriza, añadiendo, cuando se dio cuenta de que sus palabras no habían causado ninguna impresión:

—¡Llévate al niño a tu casa! Hablaré del asunto con el prior y le propondré que en lo sucesivo te dé cuatro francos semanales.

—No —rechazó la nodriza.

—Está bien. ¡Cinco!

—No.

—¿Cuántos pides, entonces? —gritó Terrier—. ¡Cinco francos son un montón de dinero por el insignificante trabajo de alimentar a un niño pequeño!

—No pido dinero —respondió la nodriza—; sólo quiero sacar de mi casa a este bastardo.

—Pero ¿por qué, buena mujer? —preguntó Terrier, volviendo a meter el dedo en la cesta—. Es un niño precioso, tiene buen color, no grita, duerme bien y está bautizado.

—Está poseído por el demonio.

Terrier sacó la mano de la cesta a toda prisa.

—¡Imposible! Es absolutamente imposible que un niño de pecho esté poseído por el demonio. Un niño de pecho no es un ser humano, sólo un proyecto y aún no tiene el alma formada del todo. Por consiguiente, carece de interés para el demonio. ¿Acaso habla ya? ¿Tiene convul-

siones? ¿Mueve las cosas de la habitación? ¿Despide mal olor?

—No huele a nada en absoluto —contestó la nodriza.

—¿Lo ves? Esto es una señal inequívoca. Si estuviera poseído por el demonio, apestaría.

Y con objeto de tranquilizar a la nodriza y poner a prueba el propio valor, Terrier levantó la cesta y la sostuvo bajo su nariz.

—No huelo a nada extraño —dijo, después de olfatear un momento—, a nada fuera de lo común. Sólo el pañal parece despedir algo de olor. —Y acercó la cesta a la nariz de la mujer para que confirmara su impresión.

—No me refiero a eso —dijo la nodriza en tono desabrido, apartando la cesta—. No me refiero al contenido del pañal. Sus excrementos huelen. Es él, el propio bastardo, el que no huele a nada.

—Porque está sano —gritó Terrier—, porque está sano, ¡por esto no huele! Es de sobra conocido que sólo huelen los niños enfermos. Todo el mundo sabe que un niño atacado por las viruelas huele a estiércol de caballo, y el que tiene escarlatina, a manzanas pasadas, y el tísico, a cebolla. Está sano, no le ocurre nada más. ¿Acaso tiene que apestar? ¿Apestan acaso tus propios hijos?

—No —respondió la nodriza—. Mis hijos huelen como deben oler los seres humanos.

Terrier dejó cuidadosamente la cesta en el suelo porque sentía brotar en su interior las primeras oleadas de ira ante la terquedad de la mujer. No podía descartar que en el curso de la disputa acabara necesitando las dos manos para gesticular mejor y no quería que el niño resultara lastimado. Ante todo, sin embargo, enlazó las manos a la espalda, tendió hacia la nodriza su prominente barriga y le preguntó con severidad:

—¿Acaso pretendes saber cómo debe oler un ser humano que, en todo caso, te lo recuerdo, puesto que está bautizado, también es hijo de Dios?

—Sí —afirmó el ama de cría.

—¿Y afirmas además que, si no huele como tú crees que deben oler... ¡tú, la nodriza Jeanne Bussie de la Rue Saint-Denis!, es una criatura del demonio?

Adelantó la mano izquierda y la sostuvo, amenazadora, con el índice doblado como un signo de interrogación ante la cara de la mujer, que adoptó un gesto reflexivo. No le gustaba que la conversación se convirtiera de repente en un interrogatorio teológico en el que ella llevaría las de perder.

—Yo no he dicho tal cosa —eludió—. Si la cuestión tiene o no algo que ver con el demonio, sois vos quien debe decirlo, padre Terrier; no es asunto de mi incumbencia. Yo sólo sé una cosa: que este niño me horroriza porque no huele como deben oler los lactantes.

—¡Ajá! —exclamó Terrier, satisfecho, dejando caer la mano—. Así que te retractas de lo del demonio. Bien. Pero ahora ten la bondad de decirme: ¿cómo huele un lactante cuando huele como tú crees que debe oler? Vamos, dímelo.

—Huele bien —contestó la nodriza.

—¿Qué significa bien? —vociferó Terrier—. Hay muchas cosas que huelen bien. Un ramito de espliego huele bien. El caldo de carne huele bien. Los jardines de Arabia huelen bien. Yo quiero saber cómo huele un niño de pecho.

La nodriza titubeó. Sabía muy bien cómo olían los niños de pecho, lo sabía con gran precisión, no en balde había alimentado, cuidado, mecido y besado a docenas de ellos... Era capaz de encontrarlos de noche por el olor, ahora mismo tenía el olor de los lactantes en la nariz, pero todavía no lo había descrito nunca con palabras.

—¿Y bien? —apremió Terrier, haciendo castañetear las uñas.

—Pues... —empezó la nodriza— no es fácil de decir porque... porque no huelen igual por todas partes, aunque todas huelen bien. Veréis, padre, los pies, por ejemplo, huelen como una piedra lisa y caliente... no, más bien

como el requesón... o como la mantequilla... eso es, huelen a mantequilla fresca. Y el cuerpo huele como... una galleta mojada en leche. Y la cabeza, en la parte de arriba, en la coronilla, donde el pelo forma un remolino, ¿veis, padre?, aquí, donde vos ya no tenéis nada... —y tocó la calva de Terrier, quien había enmudecido ante aquel torrente de necios detalles e inclinado, obediente, la cabeza—, aquí, precisamente aquí es donde huelen mejor. Se parece al olor del caramelo, ¡no podéis imaginar, padre, lo dulce y maravilloso que es! Una vez se les ha olido aquí, se les quiere, tanto si son propios como ajenos. Y así, y no de otra manera, deben oler los niños de pecho. Cuando no huelen así, cuando aquí arriba no huelen a nada, ni siquiera a aire frío, como este bastardo, entonces... Podéis llamarlo como queráis, padre, pero yo —y cruzó con decisión los brazos sobre el pecho, lanzando una mirada de asco a la cesta, como si contuviera sapos—, ¡yo, Jeanne Bussie, no me vuelvo con esto a casa!

El padre Terrier levantó con lentitud la cabeza inclinada, se pasó dos veces un dedo por la calva, como si quisiera peinársela, deslizó como por casualidad el dedo hacia la punta de la nariz y olfateó, pensativo.

—¿A caramelo...? —preguntó, intentando encontrar de nuevo el tono severo—. ¡Caramelo! ¿Qué sabes tú de caramelo? ¿Lo has probado alguna vez?

—No directamente —respondió la nodriza—, pero una vez estuve en un gran hotel de la Rue Saint-Honoré y vi cómo lo hacían con azúcar fundido y crema. Olía tan bien, que nunca más lo he olvidado.

—Está bien, ya basta —dijo Terrier, apartando el dedo de la nariz—. ¡Ahora te ruego que calles! Es muy fatigoso para mí continuar hablando contigo a este nivel. Colijo que te niegas, por los motivos que sean, a seguir alimentando al lactante que te había sido confiado, Jean-Baptiste Grenouille, y que lo pones de nuevo bajo la tutela del convento de Saint-Merri. Lo encuentro muy triste, pero no puedo evitarlo. Estás despedida.

Cogió la cesta, respiró una vez más la cálida fragancia de la lana impregnada de leche, que ya se dispersaba, y cerró la puerta con cerrojo, tras lo cual se dirigió a su despacho.

3

El padre Terrier era un hombre culto. No sólo había estudiado teología, sino también leído a los filósofos y profundizado además en la botánica y la alquimia. Confiaba en la fuerza de su espíritu crítico, aunque nunca se habría aventurado, como hacían muchos, a poner en tela de juicio los milagros, los oráculos y la verdad de los textos de las Sagradas Escrituras, pese a que en rigor la razón sola no basta para explicarlos y a veces incluso los contradecía. Prefería abstenerse de ahondar en semejantes problemas, que le resultaban desagradables y sólo conseguirían sumirle en la más penosa inseguridad e inquietud cuando, precisamente para servirse de la razón, necesitaba gozar de seguridad y sosiego. Había cosas, sin embargo, contra las cuales luchaba a brazo partido y éstas eran las supersticiones del pueblo llano: brujería, cartomancia, uso de amuletos, hechizos, conjuros, ceremonias en días de luna llena y otras prácticas. ¡Era muy deprimente ver el arraigo de tales creencias paganas después de un milenio de firme establecimiento del cristianismo! La mayoría de casos de las llamadas alianzas con Satanás y posesiones del demonio también resultaban, al ser considerados más de cerca, un espectáculo supersticioso. Ciertamente, Terrier no iría tan lejos como para negar la existencia de Satanás o dudar de su poder; la resolución de semejantes problemas, fundamentales en la teología, incumbía a esferas que estaban fuera del alcance de un simple monje. Por otra parte, era evidente que cuando una persona ingenua como aquella nodriza afirmaba haber descubierto a un espíritu maligno, no podía tratarse del demonio. Su misma creen-